

¿Qué harían los militares si...?

«Si se elige a Mitterrand, el ejército le obedecerá, como obedecería a cualquier otro presidente elegido por sufragio universal. Esto no es Santiago ni Atenas. Ni estamos tampoco en 1958. Los militares han sacado conclusiones amargas de sus incursiones en la vida política. Los rumores que hoy circulan según los cuales el ejército no toleraría la elección de un presidente socialista son ridículos. No tienen, en mi opinión, más que un propósito: crear un estado de pánico e incitar a los electores a no votar por el candidato de las izquierdas. No caigáis en esa trampa». Así se expresaba la semana pasada un oficial en activo en algún lugar de la región parisina.

La reserva hostil

«No hay razón alguna para que el ejército no obedezca a un presidente de izquierda», confirma Pierre Davezies, ex oficial, animador del centro de Estudios Políticos de Defensa en la Universidad de París-1.

Claro que el ejército es, por tradición y por función, conservador, pero también es legalista y respetará la elección de los ciudadanos, sea cual fuere. Sin duda habría que obrar con mayor «prudencia» si un comunista pudiese ser elegido presidente de la República. El ejército sigue siendo muy anticomunista y teme una repetición del «golpe de Praga». Pero seamos serios, la comparación con Santiago es ridícula, y en un país como Francia, un golpe de Estado es muy difícil de realizar. No bastaría con apoderarse del Elíseo y del edificio central de Correos para hacerse con el poder. El país se vería inmediatamente paralizado por la huelga, y

los militares se verían obligados a llevar a cabo auténticas matanzas para conservar el control. La hipótesis es absurda».

Tal es también la opinión del general de División Aérea (en situación de reserva) Jean Becam, presidente de la Convención de Oficiales de Reserva para el Ejército Nuevo (CORAN), creada a iniciativa del partido socialista. «El ejército de hoy —explica— ya no está tan aislado de la nación como antes.

«La mayoría de las mujeres de suboficiales y muchas de las esposas de oficiales trabajan actualmente. Los militares viven, pues, a través de su propia familia, las dificultades económicas, los conflictos sociales que afectan a todos los franceses. Evolucionan lentamente. Cada vez soportan peor el que sus reivindicaciones no sean escuchadas: detestan el estar encerrados en un auténtico muro de silencio. Al mismo tiempo sienten la necesidad de definir las nuevas misiones del ejército, concebir un servicio más adaptado a los imperativos y a las costumbres de nuestro tiempo. Y aunque en 1974 siga habiendo en su seno núcleos de extrema derecha, el ejército no está dispuesto a organizar un golpe para impedir a un socialista conquistar o conservar la presidencia de la República. Menos seguridad tengo por lo que respecta a determinadas unidades de la DOT (Defensa Operacional del Territorio) y a las fuerzas de reserva en general».

Curiosamente es en las unidades de reserva donde se encuentra la mayor concentración de oficiales y suboficiales hostiles a la izquierda en general. «No hay en eso nada de sorprendente —explica un oficial—: hoy por hoy la izquierda es antimilitarista, los

jóvenes se niegan a hacer el servicio y, cuando lo hacen, no aspiran a llegar a oficiales. Consecuencia: abandonan las unidades de reserva a la derecha y la extrema derecha».

Brindis por Pinochet

Todo esto es tanto más inquietante cuanto que algunas unidades de reserva integradas en la DOT se han especializado en la lucha contra el adversario interior. Tal es el caso, por ejemplo, de un regimiento de cazadores estacionado a un centenar de kilómetros de París, que, desde hace dos años, se dedica a continuos ejercicios de «localización» y «neutralización» de un «enemigo infiltrado y apoyado por determinados elementos de la población». Los elementos en cuestión son —ya se habrá adivinado— militantes del PC, de la CGT (Confederación General del Trabajo) o de la CFDT (Confederación Francesa de Trabajadores). Para realizar sus misiones, el regimiento dispone del apoyo de la gendar-

mería y de un material abundante y moderno: autoametralladoras Panhard, con cañones de 90 milímetros, morteros de 60, armas ligeras, explosivos, equipos de transmisiones autónomos.

La unidad puede ponerse en marcha en menos de diez horas. Y lo que es todavía más inquietante: en estos últimos meses se han constituido en Francia centenares de clubs de tiro. Sus miembros son casi exclusivamente oficiales y suboficiales en situación de reserva. Siempre de derecha o de extrema derecha. El hecho de pertenecer a un club les permite disponer de armas y municiones. A menudo reciben autorización para entrenarse en los locales militares.

A los oficiales en activo que hacen preguntas sobre este tipo de entrenamientos se les aconseja que se muestren «menos curiosos». ¿Qué se trata de ocultar? ¿Qué extrañas misiones disimulan las siglas DOT? ¿Y qué guerra de guerrillas preparan esos comandos que han llegado en alguna ocasión a brindar por Pinochet? ■ RENE BACKMANN.

ESTADOS UNIDOS

Ultimo cartucho de Nixon

Pregunta: «¿Qué efecto han tenido las revelaciones en torno al Watergate o ligadas al Watergate, relativas a los perjurios, la obstrucción de la justicia, la subversión del proceso electoral, los robos de documentos, etcétera, o en torno a las relaciones entre las fuerzas armadas y su comandante en jefe (el presidente)?».

Respuesta: «Creo, naturalmente, que los ataques contra las instituciones, contra la presidencia y contra otros organismos gubernamentales —entre ellos, el ejército— preocupan a todo el mundo; mas por lo que respecta a la eficacia de las fuerzas armadas, todo el mundo puede comprobar que no ha disminuido en absoluto».

Cuando se interroga al almirante Thomas E. Moorer, jefe del Estado Mayor Conjunto, el más alto responsable militar de los Estados Unidos, a propósito del Watergate, su respuesta, asimilable a la de Nixon, es la de que en todo ese asunto no hay más que «ataques contra las instituciones».

Es verdad que el Pentágono no ha estado al abrigo de escándalos estos últimos meses. La historia más extraña es la de ese contra-maestre, llamado Charles Radford, acusado de haber robado documentos pertenecientes a Henry Kissinger —en una época en que éste no era todavía más que simple consejero político de Nixon— para entregárselos al Pentágono. Radford afirmó que estos documentos, muchos de los

cuales estaban relacionados con las negociaciones de Kissinger con Chu En-Lai, fueron sustraídos por orden del contraalmirante Welander y por encargo del almirante Moorer. Welander y Moorer admiten haber tenido conocimiento del robo de los documentos, pero niegan tener algo que ver con todo este asunto. Uno de los «fontaneros» de la Casa Blanca, David Young, acusó a Welander de haber transmitido algunos de estos documentos al columnista del «Washington Post», Jack Anderson. La Casa Blanca se apresuró a sofocar el posible escándalo: impidió en efecto que el almirante Moorer llevara ante un tribunal militar a Radford, enviándole a algún lugar apartado de Oregón, donde no podrá dar mucho que hablar, mientras que a Welander se le confió el mando de una flotilla de destructores en el Pacífico.

Una imagen deslustrada

Nadie iba a creerse, de todas formas, que un funcionario del Pentágono pudiese tomar la iniciativa de robar ciertos documentos del despacho de Henry Kissinger para llevárselos al almirante Moorer sin haber recibido previamente todo tipo de garantías y sin tener la seguridad de que, una vez consumada su acción, iba a ser felicitado efusivamente por





Un grupo de marines, a su regreso de Vietnam, en San Diego (California).

sus superiores. La Casa Blanca estaba más que deseosa de enterrar un "affaire" que constituya una prueba más de los desacuerdos existentes entre el Pentágono y el Departamento de Estado sobre la política a seguir frente a China o en relación con el problema de la "distensión", en general.

A pesar de un presupuesto record de ochenta y seis mil millones de dólares, los militares se consideran en cierta medida traicionados por la política de "distensión" y las negociaciones SALT en el momento mismo en que atraviesan, por vez primera en su historia, una grave crisis interna. Desde lo de Vietnam, los soldados no gustan de exhibirse en uniforme por la calle: "La imagen militar ha quedado deslustrada hasta el punto que es difícil hacer que un hombre se sienta orgulloso de su uniforme", explica el general Clark, director de la Air Force Academy. El secretario de Defensa, James Schlesinger, se confiesa preocupado por el rostro que presenta el nuevo ejército

norteamericano, en el que la proporción de individuos alistados con educación secundaria ha disminuido en un 15 por 100, mientras que la proporción de negros se ha duplicado en sólo tres años...

El ejército ya no es esa institución imparcial que se preciaba de ser. Veamos cómo descienden a la arena política cada vez más oficiales que piensan que la política es un asunto demasiado serio como para ser dejado en manos de los políticos. El general Curtis Le May, que proponía terminar el conflicto vietnamita utilizando el arma nuclear contra China, se presentó a las elecciones de 1972 formando equipo con George Wallace; el coronel John Glenn codicia un puesto de senador demócrata por Ohio; el general Westmoreland ha anunciado su candidatura al cargo de gobernador de Carolina del Sur, y el principal consejero presidencial es nada menos que el ex jefe adjunto de Estado Mayor de los Ejércitos, el general Alexander Haig.

En este ambiente de espionitis, de complots y de crisis moral, la injerencia cada vez más acusada de militares en la vida política americana, ha llevado a algunos a preguntarse, alarmados: "¿Y si el ejército interviniese para solucionar la crisis provocada por el asunto del Watergate?". El primero en formular públicamente esta pregunta es un teniente coronel jubilado de la US Air Force, John E. Dougherty, quien escribía en el número de febrero de la revista liberal "The Progressive", influyente a pesar de su pequeña tirada: "Muchos americanos eminentes están convencidos de que el destino del presidente Nixon se verá sellado bien por su dimisión, bien por un impeachment; por mi parte considero desconsolador tanto optimismo. Pues es negarse a admitir que el mantenimiento de Nixon en el poder podría depender, a fin de cuentas, de la reacción del ejército".

Es cierto que hubiera resultado fácil descartar la hipótesis (inadmisible hace quince años) del coronel Dougherty atribuyéndola a una manifestación excesiva del complejo de persecución de la izquierda liberal. Pero el que una revista de gran difusión como "Esquire" recoja esta idea y plantee a los diplomáticos de la academia militar de West Point y a algunos de sus instructores la siguiente pregunta: "¿Qué haría usted si el presidente le dijese: 'General le ordeno que se apodere de los Estados Unidos?'", es algo más que un síntoma, es una prueba de que lo que era inconcebible hace quince años ya no lo es hoy para el americano medio.

La hipótesis imaginada por el coronel Dougherty y "Esquire" no es la de un golpe de Estado clásico contra el presidente, sino

la de una intervención del ejército a petición del presidente. El coronel Dougherty me explicó que no pretendía hacer creer a nadie que un "golpe" semejante pudiese ser intentado por los militares en un futuro próximo, sino que lo que le aterra es la inconsciencia de la mayoría de sus conciudadanos, que creen que Nixon abandonaría el poder si triunfara el impeachment, cuando su actitud hasta la fecha hace de esta hipótesis algo sumamente improbable. Me sorprendió la similitud existente entre la respuesta dada por el coronel Dougherty y las que, ofrecidas por los oficiales de West Point al periodista de "Esquire". Unos y otros piensan que una intervención del ejército a instancias del presidente provocaría algunas dimisiones y jubilaciones anticipadas, pero ninguna revuelta ni amotinamiento.

"La mayoría de los soldados de oficio opinan que la sociedad norteamericana es demasiado permisiva e ingenuamente inconsciente de la amenaza comunista", afirma el coronel Dougherty. Algunos creen que sería mejor apartar del poder a aquellos para quienes la guerra fría ha terminado.

Es tal la desorientación de la opinión pública, tan grande la separación entre el ejército y el país (agravada estos últimos días por los debates sobre la amnistía a los desertores de Vietnam), que muchos americanos se preguntan hoy si no corren peligro de encontrarse, al despertar una mañana, con un régimen militar impuesto por el presidente.

Nadie puede afirmar que Richard Nixon esté decidido a ir hasta ese extremo para mantenerse en el poder. Pero es bueno que los europeos sepan que semejante hipótesis no es del todo imposible. ■ JEAN-FRANÇOIS MERLE.

CANADA

En la crisis de Occidente

En esta terrible poda que está sufriendo en estos días el mundo occidental le ha llegado el turno a otro gran país atlántico (el segundo, en extensión y riqueza, del Pacto): Canadá, cuyo primer ministro liberal, Trudeau, ha caído frente a una coalición de conservadores y «neodemócratas» después de seis años de gobierno. No es preciso buscar mucho para encontrar también un fondo derivado de la crisis mundial y de las relaciones con los Estados Unidos. Remitámonos directamente a las declaraciones del ministro de Asuntos Exteriores, Sharp, del gobierno caído: «La experiencia muestra que un gobierno canadiense que practique una política antiamericana (esto es, contra los

Estados Unidos) es derrotado en las elecciones siguientes». Este es un augurio negativo para los liberales en las elecciones que han de celebrarse anticipadamente (como consecuencia de esta crisis) en julio, y también una explicación de la caída de este gobierno.

Trudeau se había esforzado en señalar la «identidad canadiense» como distinta de la de Estados Unidos, y la posibilidad de proseguir una política más próxima a Europa, a la Comunidad Europea. Es un viejo problema canadiense, atraídos por una parte por el britanismo de la Commonwealth (y la base cultural e idiomática francesa de una parte de su territorio), en busca de un «européismo», y por otra, por el poder de ▶